

# DEITANIA

## SUPLEMENTO CULTURAL

### Años fugitivos



Pascual  
García  
pasgarcia62@gmail.com

Los pies más impresionantes que he visto en mi vidame los encontré, cuando apenas era un niño, de sopetón en la entrada del cortijo El Salto, de donde es originaria parte de mi familia paterna. Pertenecían a un hombre muerto, a cuyo velatorio, ahora no podría precisarlo, habíamos acudido todos desde el pueblo como en una especie de peregrinación al origen y al oca-so, a la vez.

El cadáver se encontraba en una de las casas que constituían aquel pequeño núcleo rural, en plena sierra. Los pies eran grandes, rocosos, descarnados y mostraban las huellas de un tiempo largo de trabajos y andaduras por las sendas despiadadas del monte. Tal vez no habían conocido otro calzado que las bastas y agresivas esparteñas o

las rígidas abarcas de goma dura, aunque alguna vez, quizás en el día de su boda o cuando juró bandera en la mili, hubiera gozado del privilegio de unos zapatos de piel como Dios manda.

Pero a mí me dio la impresión de que aquellos pies, pálidos e hieráticos por el rigor de la muerte, no habían necesitado casi nunca una protección especial, acostumbrados desde el principio a pisar la tierra y los matorrales, hollar la nieve y sumergirse en el agua helada de las fuentes que vertían al río Alhárabe. Aquella naturaleza, hosca y escarpada, los había modelado a imagen suya y los había convertido en piedras.

También mi padre los tenía duros, cuarteados y encallecidos de sus interminables caminatas por el campo, por donde

anduvo más de veinte años comprando y vendiendo ganado; de hecho, cuando aparecieron las primeras camionetas, lo dejó, porque su lucha había sido siempre a pie, con el bolso del dinero en el pecho y una inquebrantable y honrada disposición de pagar al término de cada trato.

Crecemos caminando con los pies desnudos y así seguimos durante toda la infancia, sobre todo en el verano, entusiasmados con la experiencia única de inspeccionar la casa y sus muchos rincones; metemos con precaución y timidez los dedos en el agua transparente y fresca del río unos segundos antes de lanzarnos de cabeza, y sufrimos la tortura de la arena y de las piedras, la erosión del terreno en las plantas endurecidas por el

tiempo y el tránsito.

En la mili nos imponen los hombres que nos calcemos, o nos imponían cuando era obligatoria, unas terribles botas de cuero, que durante muchos meses serán nuestras compañeras inseparables; con ellas hacemos instrucción, marcamos el paso con violencia, corremos a paso ligero y saltamos e, incluso, con ellas, dormimos unas pocas horas en el intervalo de nuestras guardias.

Entre otras muchas cosas, excelentes amigos incluidos y la impenable experiencia castrense, yo me traje mis botas, casi impolutas, porque no había parado de limpiarlas, embetunarlas y cepillarlas cada día y, porque de todo lo que podía traerme, eran el mejor símbolo de esa época y eran también lo

más útil. Aún las tengo y aún las uso. Claro que me costó pagar el arancel doloroso de sendos callos gigantes en los pulgares y una apreciable deformación para el resto de mi vida.

En los pies llevamos oculto el mapa de nuestra existencia y un invisible cuentakilómetros que resume el larguísimo viaje por este valle oscuro y lacrimógeno. De vez en cuando, les hemos concedido el placer de caminar sobre una alfombra mullida, brincar sobre un colchón de muelles o pasear sobre la fina arena de la playa.

Pero, a cambio, han cargado siempre con la impertinencia de nuestro peso, el lastre de nuestra conciencia y los muchos deberes cotidianos, desde aquel día lejano en que dejamos de recorrer el planeta a cuatro patas.

## Pies



Rubén Castillo  
Gallego  
www.rubencastillo.  
blogspot.com

**Paloma** Díaz-Mas (Madrid, 1954), que ha publicado novelas y cuentos de notable interés y que ha obtenido premios literarios tan solventes como el Herralde o el Euskadi, nos acaba de entregar bajo el sello Anagrama su último trabajo: *Lo que aprendemos de los gatos*. Y el volumen resulta chocante, si lo miramos desde el punto de vista puramente "argumental". ¿Por qué? Pues porque se limita a contarnos en sus páginas cómo fue la convivencia doméstica con los gatos que ha tenido en los últimos tiempos (primero, Tris-Tras; luego, Tris y Tras). Suena a chiste, a broma privada o a sinopsis broma, pero les aseguro que no es así. Y me anticipo a su sonrisa asegurándoles también que merece la pena, y mucho, leer estas páginas, porque consignando con detalle y con un enorme afecto las minucias de esa relación entre humanos

y gatos Díaz-Mas nos está retratando y poniendo ante los ojos la Serenidad, la Paz, la Civilización...

La escritora madrileña nos sugiere en estas líneas que los animales domésticos nos sirven, en realidad y principalmente, como elemento moldeador o educativo («Nos hacemos más delicados, más atentos, menos centrados en nosotros mismos y más pendientes de la pequeña necesidad o, ni siquiera eso, del pequeño gusto de un ser también pequeño, al que queremos complacer a cambio de nada, a cambio simplemente de su presencia»). Y esa enseñanza mejora de forma ostensible nuestra condición social humana, porque nos vuelve mejores personas («Adquirida, gracias a los gatos, la costumbre de pensar en los demás, de facilitarles las cosas, de ofre-

PALOMA DÍAZ-MAS

### Lo que aprendemos de los gatos



ANAGRAMA  
Narrativas hispánicas

cerles generosamente las comodidades que aún no nos han pedido, podemos acabar anticipándonos a los deseos y necesidades de los que nos rodean»). De ahí que convivir con

gatos nos permita ser más saños, sufrir menos tensiones y disfrutar de los placeres del instante, que siempre tenemos tan olvidados.

Muchos padres de escritores han muerto a lo largo de la Historia, pero recordamos de forma indeleble al de Jorge Manrique. Muchos hijos de escritores han muerto a lo largo de la Historia, pero cómo olvidarse de aquel soldadito rubio que se le fue a Francisco Umbral. Muchos perros de escritores han muerto, pero ahí está Troylo, protagonizando un libro de Antonio Gala. La literatura es, en ocasiones, un delicado frasquito de formol en el que perviven las imágenes y los recuerdos de los seres que se marcharon. Paloma Díaz-Mas se suma a esa corriente hablándonos de su gato, fallecido

cuatro meses atrás. Y es posible que quienes no hayan tenido nunca un animal en su casa (un animal querido, un animal de compañía) esbocen una sonrisa irónica tras conocer el contenido narrativo de este volumen. Pero yo les pediría que borrarán ese gesto, porque realmente nos definimos por ese tipo de complicidades y convivencias domésticas. Quien ama y cuida, ama y cuida. No importa a la postre el destinatario de sus afectos. Porque amando y cuidando se aprende. Se aprende siempre. Nos sometemos a una depuración, a una ascesis. Por eso me ha gustado mucho leer esta historia, en la que paradójicamente una Paloma se hace amiga de una gata. Me ha dado calma y me ha hecho reflexionar. Cuántas cosas descubriríamos si supiéramos cómo son nuestros escritores favoritos a puerta cerrada: con sus hijos, con sus parejas... o con sus gatos.

## Lo que aprendemos de los gatos